miento y reflexión, autores antiguos como Luciano ó Quevedo, Góngora ó Marivaux, ó escritores del día, como Bourget ó Amiel, Tolstoï ó Pereda, Dumas ó Echegaray, y en ocasiones he de discurrir acerca de lo que me ha hecho pensar y desear y sentir la novela rusa en general, ó la lírica moderna francesa, etc., etc., del propio modo me permito fijar aquí mis reflexiones y el tinte con que se tiñe el ánimo mío, después de contemplar el espectáculo de pesadilla de esta flamante literatura novelesca que algunos quieren que tomemos por feliz renacimiento, siendo así que, en mi concepto, no es sino la invasión del Parnaso por todos los Mrs. Jourdain de España y de la América española. Mi propósito no es herir á nadie, no es desanimar á nadie. Yo no ataco más que á los malos, á los que aprovechan el *realismo* para *cantar* en estilo familiar todos los géneros coloniales y del reino que llevan dentro del espíritu prosaico y adocenado. A todos los que pudiérais daros por aludidos, sálveos el amor propio, y decid á una, si queréis complacerme: «Esto no va conmigo.» Así lo dicen algunos caballeros que se creen muy por encima de estas censuras mías, sin sospechar—y más vale así—que son ellos los más parecidos á las imágenes que yo procuro tener presentes mientras tal escribo. Porque es de notar que no son los más sandios y vulgarotes é insípidos los más peligrosos, sino aquellos otros que algo han oído, y han leído mucho, y de tarde en tarde alguna vez dan en el clavo, ó cerca por lo menos. Pero, en fin, no demos señas y adelante. Lo dicho va porque he oído quejas y sé de sospechas, y como hoy por hoy no me propongo mortificar á bicho viviente, sino desahogar el mal humor y mostrar el daño, quiero que conste que no hay alusiones ni por asomo. Prosigo. ¿No fuera tremenda cosa, grande vergüenza póstuma, que andando los tiempos pudieran venir tales que en ellos con justicia se dijese: Sucedió que los españoles, por tragar mal y digerir peor doctrinas extranjeras que tenían mucho de bueno y algo de malo, comenzaron á escribir á porrillo libros de entretenimiento que lo mismo era leerlos cualquiera que caerse dormido, para despertar bobo de remate y serlo ya siempre?

Pues inevitable se hará tamaña desgracia si enérgicamente no se acude en tiempo con el remedio. El cual consiste en hablar con franqueza y sin pensar en los amigos que se pierde (y que no debieran perderse por esto, es claro), diciendo la verdad lisa y llanamente.

De buena fe y *motu proprio* creen muchos, aun antes de que se lo afirmen los críticos complacientes de que hablo más atrás, que ellos, los autores, son artistas desde el momento en que acometen la empresa, y la llevan á cabo con firme resolución, de llenar un tomo de prosa compacta, obedeciendo á las reglas de tal cual preceptista de los flamantes. ¿Quién no ha leído, v. gr., los cinco ó seis tomos en que Emilio Zola ex-

pone su modo de entender el arte? (Cánovas todavía no los ha leído.) En la obra crítica de Zola hay una trampa, sin quererlo el autor probablemente, en que han caído y siguen cayendo muchos retóricos *idealistas* que van allí á buscar argumentos que combatir, y muchísimos *realistas* que no buscan más en esos y otros libros, que otros tantos *Rengifos* para escribir novelas naturalistas con perfección y economía de ingenio. El que no sepa ver en los trabajos críticos de Zola, como en los de todos los grandes artistas de la palabra que han querido sistematizar sus procedimientos, su estilo y las cualidades características de su genio (v. gr., Goëthe, Schiller, Richter, Víctor Hugo, Campoamor), el que no sepa ver, digo, en la crítica de Zola cierto lirismo *didascálico*, con sus conatos de científico, á la manera de los filósofos jónicos, no puede comprender ciertas enseñanzas que allí existen, ni ser justo con el autor, ni penetrar toda su idea, ni mucho menos aprovechar sin peligro la parte positiva de buena retórica que encierran sus preceptos, envueltos en teorías arriesgadas, en paradojas sugestivas, en *neurosismos* peligrosos para ciertos lectores y en un pesimismo evidente, que ya habla como profeta, ya delira con poéticas aprensiones.

Dejando por hoy lo que en Zola ven y no ven los críticos que le atacan, voy á lo que en él encuentran los que quieren ser escritores *modernos* á toda costa.

«El arte ha de ser la *realidad vista á través de un*

temperamento, ¿no es esto?» se dice nuestro naturalista de misa y olla. Pues bien; yo vivo en la realidad, ó mucho me equivoco: y en cuanto al temperamento, yo tengo uno, bueno ó malo, como cada hijo de vecino. No necesito más que ponerme á escribir. Y se pone.

«Todo es interesante; no hay nada que no sea digno del arte; se debe inventar lo menos posible, el mundo lo da todo hecho; para ser naturalista de veras hay que creer en el dogma de la belleza real, como superior á toda belleza imaginada.» Con estos sanos principios nuestro hombre se pone á escribir, y á darles, v. gr., á los zapatos de su portera una importancia que ellos no tienen, aunque se miren á través del temperamento más amigo de abultar los zapatos. El pobre naturalista remendón produce la misma ilusión que el poetastro *becqueriano* ó *campoamorino*, de quien él tanto se ríe. Nuestros *líricos* solían decirnos que una muchacha les había mirado y hasta sonreído, por lo cual ellos se creían acto continuo en el deber de amarlo todo y de reconocer á la Providencia todas sus prerrogativas Después resultaba que la muchacha les engañaba, como es natural, y quería á un indiano, por ejemplo, y entonces... ¡adiós Providencia, y amor universal, y cuanto Dios crió! Nuestros *líricos*, que eran muy capaces, en efecto, de haber llevado unas calabazas y de haberlas tomado muy á mal, creían de buena fe que su furor, y su tristeza, y su desencanto, los transmitían al lector indiferente por conducto de aquellos cinco ó seis versos

asonantados y á veces terminados en palabras agudas. ¡Qué habían de transmitir! El lector no sentía nada, á no ser haber perdido el tiempo leyendo aquellas tonterías. Pero al fin los líricos tenían á su favor dos circunstancias atenuantes: primera, que el tiempo que hacían perder era poco; segunda, que, bueno ó malo, aquello era lirismo; ellos no transmitirían á nadie su pena, pero no cabía duda que á ellos les había llegado muy al alma el chasco de marras. El naturalista de mi cuento no puede ofrecernos ninguna de estas ventajillas: escribe largo y tendido, hace perder muchísimo tiempo (y esto es lo peor) y no tiene pizca de lirismo, ni gana; como que se lo prohibe la ley. Él tiene que ser en sus obras impersonal; así se caiga el firmamento, él como si tal cosa, lo mismo que Julio Ruiz cuando se comete en Filipinas una irregularidad; es así que el lector tampoco se interesa por los zapatos de la portera, ni porque las manchas de un mantel sean de vino tinto ó blanco... luego tenemos que la *literatura modernísima* no le importa á nadie, ni al que escribe ni al que lee.

Y esto es demasiado poco importar.

La culpa de todo ello no la tiene Zola, es claro, sino la vanidad y la ignorancia de los que se ponen á escribir prescindiendo de un requisito indispensable: el ingenio.

Porque sin ingenio, señores, no hay nada. Esta verdad de Pero Grullo es la que nuestros novelistas improvisados olvidan constantemente. Hay que hablar de

esto. Según el discreto y erudito autor del *Discurso preliminar sobre la primitiva novela española* (Rivadeneyra, tomo III), viene á ser la novela «relación *ingeniosa* de una acción fingida, pero verosímil, entre personas particulares.» En tal definición podrá estar mal cualquier cosa, menos lo de exigir á la relación que muestre ser obra del ingenio.

Sin embargo, de esto es de lo que con mayor desfachatez se prescinde; y se quiere probar por *a* más *b* que se es novelista porque se cumple con esta ó la otra condición, sin que les importe, á los que tal hacen, olvidar lo principal, la aptitud para el arte literario, la invención ingeniosa.

Yo conozco algunos de nuestros *jóvenes prosistas* que escriben su novelita cada año (y antes falta el sol), que de buena fe se creen autores y en poco está que no anden con uniforme de naturalistas; tienen montada una especie de administración, complicada, como la de cierto *barina* tronado de Gogol, en la que no falta más que una rueda para que sea aquello todo un establecimiento de realismo perfeccionado. Escriben los tales cartas y más cartas á todos sus compañeros de naturalismo dentro y fuera del reino, se alaban mutuamente, desprecian al enemigo, á los idealistas, y se quedan tan satisfechos. Pues bien, ahora el secreto: son tontos, tontos casi casi de capirote; sosos, apocados, de espíritu flaco, de ánimo alicaído; nunca se les ha ocurrido decir, ni pensar, ni hacer nada de particular, y con estas

señas personales quieren representar el arte literario, es decir, la flor de la fantasía y del sentimiento, la frescura del alma humana, el anhelo más alto, la visión más gloriosa y pura de la realidad ideal y corpórea. Pues eso no se lo hace nunca ver la crítica, esa crítica que para serlo prescinde tambien de lo principal en su naturaleza: el gusto. Los críticos sin gusto perdonan á los novelistas la falta de ingenio, y así anda ello.

Como aquí nadie estudia de veras estética, porque los más ni saben con qué se come, y otros la desprecian sin conocerla, por aquello de que no hay metafísica, ni nada más que hechos, etc, etc., y los más listos creen que para estética basta la de Eugenio Veron, y, á lo sumo, los trataditos de Laugel y otros por el estilo, buenos para saber cómo le escarba á uno la música los oídos y cosas de este tenor, pero insuficientes para lo principal; como aquí se meten á hablar de literatura jóvenes y viejos que tienen el alma de canto... positivista y con fractura antropológico sociológica, ó, como si dijéramos, á la antigua, de ciencias morales y políticas; como andan por esos periódicos críticos literarios que hablan de estas cosas, sagradas cosas, como si fueran presupuestos, ó microbios, ó higiene pública, ó teorías parlamentarias; como todo esto es una confusión y un dolor, nadie se pára á meditar lo que corresponde á la psicología estética, las propiedades del artista como espíritu creador. ¡Buen creador te dé Dios!

¿Qué han de crear esos muchachos que no sienten

nada, que nada tienen que decir, porque son almas vulgarísimas? De artistas no tienen más que la ambición de gloria; más que de gloria, de notoriedad, porque la gloria consiste en valer y, á lo sumo, en que lo sepan los espíritus nobles, elevados; la notoriedad no necesita más que la fama del sufragio universal y se cuida poco de merecer ó no el crédito que alcanza. Algunos de nuestros novelistas ya nos vienen con el *ren-ren* ése, traducido del francés, por supuesto, que consiste en despreciar á los políticos por *burgueses*, por medianías de ambición pequeña y prosaica. ¡Infelices! No comprenden que ellos no llevan á las letras mejores armas que los otros á la política; tal vez recurren al arte por no haberse atrevido á probar fortuna en la vida pública, ó por haber llevado desengaños, ó por débiles, ó por ineptos para los negocios. El arte no es un refugio, no es iglesia de asilo. Sin contar con que aun muchos espíritus aristocráticos, en el sentido del *esteticismo*, que no son profanos en el culto desinteresado de lo bello, tienen que contentarse con el papel de fieles, sin osar pretender un oficio en la iglesia militante, porque les faltan las facultades creadoras. No basta que tengan buen gusto, delicadeza, juicio firme, penetración, pasión sincera y noble por el arte, aguda inteligencia, gran ilustración; si no saben inventar, no escriben, por lo mismo que son discretos y aman de veras el arte. En todo amor grande hay respeto. En el arte hay que dejar mucho á lo que ahora se llama incons-

ciente. Entendiendo bien ó mal ciertos párrafos de Zola (yo creo que entendiéndolos mal), muchos se ríen, en nombre del naturalismo, de la invención, de la inspiracion, del *don*, etc., etc. Es sencillamente una tontería burlarse de tales ideas, negarlas. Despojémoslas en buen hora de todo carácter mítico, pero no las neguemos; ni siquiera cabe negarlas su carácter de misteriosas fuerzas. Esa espontaneidad creadora que no se sabe de dónde viene, es siempre lo principal en los artistas, aunque ellos lo nieguen, porque sean de los aficionados á ese espejismo del orgullo que se contempla, no en las propias obras, sino en la teoría en que se pretende fundarlas. Muchos grandes escritores que no se atreven á alabarse directamente, se valen de este fingimiento retórico de elogiar la eficacia de la doctrina y de los procedimientos técnicos de que se valen. Los incautos imitadores caen en la trampa; no ven la profunda ironía de los maestros, á quienes, sin pensarlo, ofenden atreviéndose á imitarles. ¡Imbéciles! pensará el genio preceptista al ver estrellarse á los incautos. Cuando yo veo á Campoamor, ó á Víctor Hugo, ó á Zola mismo, ó al mismo Juan Pablo (y eso que éste era más legítimo *estético)* exponer todo su arte de escribir poesía, se me figura estar oyéndoles decir: «Para hacer esto hay que proceder de esta y de la otra manera;»—y añadir por lo bajo:—«y, además, hay que ser Campoamor, ó Hugo, ó Zola,» etc.

Hay que ser casi tonto para no comprender que

Zola ha sabido antes que nadie lo que ahora descubren los Ganderax, los Brunétière, los Lemaître, etc.; á saber: que él es antes que todo un poeta, un gran poeta, y que si su naturalismo *á lui* prospera es... por la *inspiración* del maestro. Zola, que tiene, además de genio, talento, no puede menos de haber notado que lo mejor que hay en sus obras es lo que no depende de credos literarios ni filosóficos; lo que viene no se sabe de dónde: la inspiración, el soplo divino, que no será divino ni soplo, si no quieren, pero que sopla, y sopla como lo haría una divinidad.

Zola, sin eso que llaman ya todos su *fuerza*, no sería un gran revolucionario, un jefe de un movimiento hondo y extenso. Los naturalistas de escalera abajo atribuyen el triunfo á la eficacia de la doctrina, y el triunfo se debe al vigor del ingenio.

Triste es decirlo, pero entre nosotros, críticos de talento y capaces de profundizar algo en estas difíciles y delicadas materias, fían demasiado el buen éxito de las obras literarias á la eficacia del canon, á las reglas de la composición; y al juzgar los productos artísticos atienden más á la conformidad ó disconformidad del resultado con tales propósitos extra-artísticos, que á la esencia de la producción bella, á la flor de la poesía.

Yo no quiero citar hoy nombres propios, porque aún no estimo oportunas ciertas sorpresas, tal vez desagradables; pero digo, en general, sin alusiones transparentes, que entre los más discretos, entre los que más han

visto en España en este asunto del arte moderno, hay quien deja en segundo término el elemento principal, el de la inspiración (llámese como se quiera); y así, se protege á medianías insípidas, y se mezcla su nombre con el de verdaderos ingenios, regocijo de las musas como se decía antes. Y aún más: se han cometido grandes injusticias con algunos libros de Galdós, de Pereda, A. Palacio, etc., alabándolos poco ó poniendo á su nivel otros de autores medianos, tal vez discretos, tal vez elegantes, pero sin gracia, sin invención, sin vida original y espontáneo arranque en el estilo; y todo ello por atender á cotejar novelas con códigos; por atender á aplicar cánones arbitrarios; por atribuir mérito superior á cualidades secundarias.

Detrás de la apoteosis de la medianía viene la apoteosis de la nulidad; yo acabo de leer en los periódicos elogios descomunales de libros necios; he leído hace pocas horas uno en que se llama prodigio de arte al aborto de un ingenio con bocio. ¿Qué ha de suceder? Se alienta al primero que pasa por delante del público á que cultive la novela, á que contribuya á este renacimiento de la prosa castellana: ¡rayo de Dios en la prosa y en el renacimiento! ¿Estamos locos, señores? ¿Ustedes olvidan quiénes somos, de quién descendemos? Esos libracos que á docenas vomita la imprenta, ¿cómo han de ser de la raza de aquellos otros en que brilló el ingenio español, admirado por todo el mundo?

Aquí no se trata de realismo, ni de clasicismo, ni de

romanticismo; aquí se trata de tontos y majaderos, de si ha de ser tenido por novelista cualquier droguero literario, sin gusto, sin delicadeza, sin habilidad para medir y componer, sin tacto para decir y callar, sin sentimiento, sin idea... Yo recibo docenas de novelas cada mes...; pues juro que me pongo á leerlas todas y no puedo terminar ninguna; todas huelen á hospicio; entre esos escritores ninguno sabe escribir, ninguno sabe ver, ni tiene qué decir ni en qué pensar... En fin, son los antiguos poetastros, disfrazados de prosistas.

Nulla dies sine linea; éste es el lema que ha escogido el autor de *Germinal*, y multitud de escritores de por acá le plagian la conducta y no dejan día sin emborronar papel. Se comprende que haga esto quien puede estar seguro de la fuerza constante de su genio, ó quien ha de escribir articulejos para comer ó para cenar, sin pretensiones de producir materia artística, (v. gr., un servidor de ustedes); pero el que sin las monstruosas facultades de un Hugo ó de un Zola escribe poesía, en verso ó en prosa, obra de invención ó de composición artística, éste no debe acogerse al lema copiado, sino preferir otro que diga, por ejemplo, en vez de *nulla dies sine linea, nulla linea sine musa.*

Me había propuesto estudiar en esta serie de artículos los tristes recursos á que se agarran los pretendidos novelistas para suplir el ingenio; y así, pensaba pasar revista al prurito descriptivo, á la psicología de pren-

dero, á la imitación fotográfica, al culteranismo de los modernistas sin gramática, á la falsa naturalidad y sencillez contrahecha, que no son más que vulgaridad, absurdo, ignorancia, pobreza de estilo y de lenguaje...; pero todo esto y lo demás que cabría examinar en tal asunto, es obra de mucho tiempo. Por desgracia, tal y tal libro de los que son alabados sin merecerlo, y que por esto han de exigir que con justicia se les diga cuatro frescas, me darán ocasión para sacar á plaza todas esas trazas de falso ingenio, que engañan ¡quién lo dijeral á críticos que en otros puntos han dado prueba de ser discretos y no dejarse embaucar.

En rigor, la vida entera será poca cosa para emplearla en separar el oro del talco.

En otros países cultos apenas hay quien tome á su cargo esta penosa tarea de negar un día y otro día títulos de escritor á uno y otro caballero; pero es que por ahí fuera tan elemental trabajo lo tiene á su cargo el público mismo, y además el desarrollo superior que alcanzan otras manifestaciones de la vida intelectual disminuye en gran parte la concurrencia del vulgo prosaico al mercado literario.

En Francia, en Italia, en Inglaterra y en Alemania hay en los estudios de erudición, en los trabajos de paciencia y atención de los pormenores de las ciencias naturales, sociológicas, históricas, etc., salidas abundantes para el prurito intelectual y de publicidad que aqueja á nuestra época; las medianías y aun las nulidades

doctas y trabajadoras, asiduas en el afán de procurarse un pedazo de fama, más perecedera de lo que ellos sefiguran, encuentran ancho campo en revistas y bibliotecas y archivos y sociedades científicas, en colegios y universidades, para satisfacer sus apetitos á veces inocentes; y es más, de estos esfuerzos casi anónimos, de este montón de sabiduría gris, de esta aglomeración indigesta, de este aluvión monótono, resulta á la larga algo bueno, un elemento que ayuda en alguna parte al verdadero sabio, al inventor verdadero, al hombre científico, de pensamiento original y fuerte.

Pero entre nosotros toda la fuerza de la masa reflexiva del vulgo pensante y decidor, amigo de repetir y manosear en letras de molde la invención ajena, se emplea en las que llaman bellas letras; y si no tenemos esos cientos de libros científicos que en los catálogos de los editores extranjeros y en las notas de las obras eruditas se presentan citados en formidable lista, si no tenemos esa multitud abrumadora de tratados, ensayos, etc., etc., ofrecemos ya en la novela y otros géneros *amenos* una triste abundancia. contra la cual es necesario combatir con energía.

Cuando se es adolescente estudioso y se tiene, con la cándida pedantería propia de la edad, la noble pasión de querer saberlo todo, se busca por mil partes listas y más listas de libros, catálogos y notas bibliográficas, y se siente el terror de lo indefinido en presencia de tantas y tantas hojas de papel impreso, porque se

cree que no se puede pasar por otro camino que el de leer todo aquello. Después la reflexión y los desengaños nos enseñan á despreciar lo más de cuanto se ha escrito, y aprendemos que es uno de los capítulos más importantes y más difíciles del arte de estudiar el que trata de cómo se ha de escoger la lectura, y de cuáles libros se han de leer dos ó más veces, y cuáles ninguna vez. Esta reacción contra el *maremágnum* de letras de molde sabias puede ir demasiado lejos; así que el varon justo debe abstenerse de leer muchas obras que no por eso necesita despreciar. Esa multitud de tratados que tienen individualmente tan escaso mérito, ayudan, sin embargo, al progreso, como capas de tierra que se van sobreponiendo en insensible aluvión y llegan á formar un terreno alto y firme. Pero lo que en la ciencia es útil, es en el arte perjudicial. Una muchedumbre de novelistas sin ideas propias, sin inspiración, sin ingenio, sin gusto, no hacen adelantar un paso á la poesía; lo que necesita el arte para vivir bien no es una multitud de escritores, sino un pueblo que sepa ser espectador ó lector, que sepa contemplar y admirar. El griego fué el pueblo artístico por excelencia, porque tuvo grandes creadores y un ambiente de popularidad para la poesía, no porque todos los griegos se dedicaran á escribir tragedias ó poemas, ó á sacar de las canteras estatuas ó templos. Hace más por la novela española el que compra un ejemplar de *Sotileza* ó de *Gloria*, y lo lee y se calla, ó habla de sus impresiones á un

amigo, que el que imita sin aptitud suficiente á Pereda ó á Galdós, escribiendo fábulas largas en prosa trivial ó retorcida. Esos críticos que se dan la enhorabuena porque ven que se publican cada día más y más libros de imaginación, debieran pensar despacio si lo que se le ocurre á la imaginación de un cualquiera le importa algo al arte. El público español aprendería algo y serviría algo á la poesía cuando se consagrase á estimar á los pocos, poquísimos escritores buenos que tenemos, y á estudiarlos y penetrarse de su espíritu; pero nada aprende ni de nada sirve una masa de lectores que vaya y venga impulsada por el capricho de la novedad, por las imposiciones de la gacetilla profana y vocinglera, repartiendo la atención y el dinero entre multitud de nulidades, de vulgarísimos escribientes, capaces de convertir en idiota en pocos años á la raza mejor dotada para gustar el encanto de la belleza literaria.

Es natural el prurito de producir obras del mismo género de las que se admira en los autores favoritos; no todos saben contener esta comezón, y son muchos los que se lanzan á escribir guiados sólo por ella (aunque difícil será que la vanidad no tome parte también en la resolución); pero á lo menos en otros países civilizados ese afán de decir algo sobre la belleza se desahoga en libros ó artículos de erudición, ó de crítica, en fin, en comentarios, ya científicos, ya de pura fantasía, pero no, como aquí, necesariamente en imitaciones y remedos anodinos y ridículos.

Tienen la culpa de esta desventaja nuestra la ignorancia general y la pereza que nos domina. Ni el público lee más que obras de *vaga* y *amena* literatura, como dice el catálogo del Ateneo de Madrid, ni la mayor parte de los que aquí saben pergeñar cuatro renglones tienen educación suficiente para emprender trabajos de comentario científico, de erudición y crítica verdadera. Así, á nuestros grandes poetas se les ha imitado mucho más que estudiado y comentado; tenemos, v. gr., continuaciones de *El Diablo Mundo* y no tenemos un estudio importante acerca del ingenio de Espronceda. Sucede á nuestros aficionados lo que al doctor Faustino de Valera, que se sentía muy capaz de inventar leyes, pero no de estudiar las que habían hecho otros.

Yo tengo el honor de tratar en continuada y frecuente correspondencia á varios amantes de la literatura, franceses, italianos y portugueses, jóvenes inteligentes y entusiásticos los más; pues noto en ellos lo que rara vez he visto en sus similares españoles: un *desinteresado* amor á la poesía, una afición *pasiva* que encanta; afán por estudiar y penetrar las obras ajenas; no la fiebre de producir á todo trance. Por ahí fuera, la juventud estudiosa y bien sentida forma una atmósfera propicia al arte; aquí nos quedamos sin aire, á fuerza de echárnosla todos de hombres de mucho pulmón poético; aquí respiramos en un cuarto cerrado, estrecho, mezquino, donde se acumula una multitud de consumidores de oxígeno.

No; no es así como se va á un florecimiento literario; si queréis algo que se parezca á eso, dejad ¡oh jóvenes ineptos! que escriban los que saben, y vosotros contentáos con llegar, á fuerza de estudios y meditaciones, á comprender y sentir algún día lo que han querido decir los artistas verdaderos en las obras que hoy por hoy, son para vosotros letra muerta.